

PRESENTACIÓN

¡Estimado Lector!

El pensamiento estratégico es un tema normalmente tratado en gruesos volúmenes por generales entrados en años o estadistas de sienes encanecidas. Por este motivo, adquiere un carácter particular el hecho de que un político joven tome la iniciativa, y plasme por escrito algo así como una guía básica sobre estrategias. Por extraño que parezca, es igualmente excitante en una época en la que los métodos y estrategias provenientes del extranjero que prometían resultados exitosos han perdido todo su atractivo, y los sistemas que parecían poder implementarse en cualquier lugar acaban desmoronándose, habiendo llegado ahora el tiempo de buscar el camino, así como bases espirituales sólidas.

Ya en épocas pasadas se decía que una buena estrategia equivale a media victoria. Al mismo tiempo, también hay una regla de oro que dice que cada país puede echar mano sólo de los recursos que tenga a su disposición, y que debe defender sus intereses en esferas de acción crecientes o menguantes. Nosotros los húngaros podemos afirmar que, cien años después del acuerdo de paz de Trianon, hemos dado ya por cerradas las discusiones de épocas pasadas y nos hemos liberado ya de las ataduras, pero la victoria en la lucha por el mañana y por los próximos mil años aún no es nuestra. Habiéndonos apenas liberado por aquel entonces del régimen comunista, parecía obvio que, en favor de un futuro mejor y más llevadero, bastaba con copiar los esquemas occidentales. Sin embargo, las últimas décadas

han mostrado claramente cuán erróneo resultó ser este modo de pensar. Los orgullosos creadores de aquellos brillantes métodos que prometían resultados exitosos, resultan ser ahora los que realmente están en necesidad de métodos de esa índole. Hoy por hoy, Europa ha perdido ya su situación aventajada en campos tales como el de la economía, la ciencia y la innovación tecnológica, donde han perdido el liderazgo y se encuentran ya en un nivel intermedio. Su población envejece, mientras que sus fronteras son asediadas por millones de inmigrantes.

Es por este motivo que nosotros los húngaros hemos decidido iniciar una nueva época en la elaboración de planes estratégicos. En los últimos diez años, hemos mostrado que podemos y queremos emplear nuestro sentido común, que conocemos y estimamos aquellas leyes y reglas generales que durante siglos fueron extraídas de la historia de nuestra nación por las mentes húngaras más notables en el ámbito del pensamiento estratégico, y que tenemos el coraje de adherir a esta tradición las experiencias obtenidas en los últimos años de batallas políticas.

La Providencia siempre está del lado de aquellos que están dispuestos a ayudarse a sí mismos, y el volumen *El pensamiento estratégico húngaro* presenta una guía para esta tarea, tomando aquellos valores y principios que emanan de nuestra historia y nuestro carácter nacional, y sobre los cuales nos podemos apoyar para afrontar los próximos decenios. Así, estimado lector, recomiendo de buen corazón la lectura de este volumen como lo que es: una guía o conjunto de claves.

Budapest, noviembre de 2020.

Viktor Orbán

PREFACIO

Cuando un político se decide a escribir un libro, el volumen resultante adquiere un carácter particular. Los libros como tales son básicamente de carácter teórico, pero la política, sin embargo, es una esfera práctica de quehaceres diarios. Por este motivo, el político se adentra en terrenos inestables cuando, apartándose de los quehaceres cotidianos, se dedica a reflexionar de manera amplia sobre los asuntos mundiales y sobre la situación de su nación. Esta situación se vuelve especialmente complicada cuando uno hace esto a principios –bueno, no, a mediados– de los treinta. Fue durante mis años en la universidad cuando oí algo que se me quedó muy impreso: «El que de joven mucho escribe, de mayor la vergüenza lo inhibe». ¿Bueno, y que puedo hacer yo? Pues intento refutar esta afirmación.

Por añadidura, y partiendo de su naturaleza propia, una obra de este tipo no es ni completa, ni meramente descriptiva, ni tampoco necesariamente objetiva. No es completa, ya que la verdad no se puede conocer en su totalidad y, como fue escrito: «Ahora vemos por espejo, oscuramente» (Corintios 13,12). No es meramente descriptiva, ya que, trabajando en política, la tarea no es solo intentar entender el mundo que nos rodea, sino también, y citando las vibrantes palabras del poeta húngaro Kölcsey: «influir, crear, enriquecer», en cualquier lugar donde sea posible. Tampoco es necesariamente objetiva, ya que en el curso de los acontecimientos no es posible comparar de manera científica lo factual con lo ideal. Tampoco hay que olvidar que, lo que un político escribe y hace, será finalmente juzgado por la historia, mientras que en el presente, aquello será objeto de discusión.

Así ha sido en todas las épocas, y así es de manera especial en el presente. Y es que actualmente estamos viviendo una época en la que el mundo se ha vuelto del revés, cada vez se asemeja menos a lo que solía ser con anterioridad. Todo lo que desde hace ya mucho tiempo considerábamos seguro, se vuelve incierto, y lo que tomábamos por imposible, se vuelve posible. Tiempo atrás ni siquiera se pensaba que no había ningún problema si nosotros como integrantes de una comunidad somos cada vez menos, que el hombre no es hombre, que la mujer no es mujer, que la familia no es la unidad básica de la sociedad, que la nación no es el más alto nivel en cuanto a fuerza cohesiva de una sociedad, o que la civilización europea puede existir incluso sin el cristianismo. Algunos intentan hacernos creer que a los dirigentes se les adjudica el poder para poner en práctica un tipo de ideología abstracta, en vez de para representar los intereses de sus comunidades, y en todo el mundo se pueden observar rasgos comunes apuntando a la conclusión de que las decisiones políticas se toman cada vez menos sobre la base del sentido común, y cada vez más siguiendo una utopía difusa. Creímos haber llegado a la certeza de que nuestra civilización había alcanzado un punto de firme convicción en la libertad, y no que los sectores progresistas, izquierdistas y liberales fueran a exigir adherencia exclusiva a sus ideales, aún a costa de coartar la libertad. Las élites usan sus recursos para borrar el pluralismo y minar la libertad de expresión, de opinión y de pensamiento, haciendo desaparecer de este modo la democracia. Tiempo atrás considerábamos imposible que el poder económico del viejo continente fuera a menguar de manera tan dramática frente a la competencia, pero Europa ya no es capaz de garantizar la seguridad de sus ciudadanos, de defender de manera independiente sus fronteras exteriores y de influir de manera decisiva en los acontecimientos que tienen lugar a su alrededor. La clase media occidental lucha de manera desesperada para mantenerse a flote, mientras que las élites políticas se valen de una «policía del pensamiento» frente a aquellos que alzan la voz por los problemas que observan. Las definiciones de honor, coraje y

responsabilidad han desaparecido de los diccionarios, mientras que todos hablan de su propia autoestima y de sus derechos, negando la diferencia entre lo que tiene valor y lo que no lo tiene, y la fuerza de la tradición. Observamos atónitos cómo sofistas y trapaceros viven como pez en el agua, mientras que el trabajo y sus resultados han perdido su honra. Observando esta época en su totalidad, nos vienen a la mente las palabras del famoso periodista y escritor Jenő Rejtő: «Es como un costurero embriagado: mientras la tela corta, no sabe si será manga larga o corta.»

¿Y qué podemos hacer en estas circunstancias? Antes que nada, pensar. O sea, elaborar planes sobre cómo adaptarnos, y si fuera necesario, cómo oponer resistencia. Elaborar planes sobre cómo mantener nuestra posición, cómo prosperar, y cómo proveer de seguridad y posibilidades de avance a aquellas personas junto con las que formamos una comunidad de carácter nacional. Sin embargo, todo buen plan posee efectividad solo cuando se ajusta de manera exacta a la situación, al modo de ver las cosas, a las experiencias y a las fortalezas y debilidades de aquellos individuos para los cuales tal plan fue elaborado, y que tendrían que poner en práctica. Si se consigue realizar esto, entonces ya no se trata solo de un plan, sino de una estrategia de pleno derecho, sin el cual el país se pierde en un laberinto cada vez más enrevesado.

La presente obra tiene por objetivo proveer ayuda para evitar esto. Es, para la generación de húngaros que vive y crea en la época actual, la oportunidad –y por ende también deber– de formular una estrategia. Pero para esto, es preciso que conozcamos nuestro pasado, nuestro presente, nuestro modo de pensar, el carácter de nuestro Estado, el mundo a nuestro alrededor, los paradigmas actualmente prevalentes en las esferas intelectuales, y muchas más cosas. Y la estrategia o guía resultante tiene que saberse de carrerilla, para poder actuar frente al *maelstrom* de situaciones, desafíos y crisis por venir.

Así que empecemos a pensar, por lo menos en lo que respecta a la estrategia como parte integrante del trabajo diario de un joven político.

Hay algunas preguntas preliminares que deben ser clarificadas desde el principio, ya que no se puede tomar en serio a nadie que afirme que es posible entender la política de un país de tal modo que no tengamos claros al mismo tiempo los rasgos generales del pensamiento estratégico y cuáles son sus puntos de vista a la hora de la creación de una estrategia. Pero ya desde el principio es realmente complicado hacer esto. Hoy por hoy, son tantas las cosas que reciben la etiqueta de estrategia que este uso tan general de la palabra da lugar más a confusión que a explicación. Cosas como «estrategias de negocios», «estrategias de cómo vivir el día a día», «estrategias de entrenamiento físico» o «estrategias mediáticas», pululan en las esferas digitales y analógicas, y mientras tanto, lamentablemente, el sentido original de la estrategia como vocablo va erosionándose, igual que la creación de una estrategia como actividad.

Vamos a ocuparnos expresamente de la estrategia política, sin olvidarnos de sus raíces militares. Así que, si alguien anda buscando gotas de sabiduría o determinadas prácticas diarias dispensadas por gurús dictando ciertos estilos de vida o por magnates mediáticos, lo hace en un lugar equivocado. Por otro lado, también estas personas pueden llegar a encontrar en este volumen –que en materia de elaboración de estrategias posee carácter teórico– observaciones dignas de ponderación.

El genuino proceso de desarrollo de una estrategia siempre se halla en el punto intermedio comprendido entre los dos extremos representados por los objetivos y los medios; ¿con qué medios puedo alcanzar los objetivos, y qué objetivos puedo alcanzar con los medios existentes? Un error frecuente es el de considerar los medios como objetivos en sí. Tomemos un ejemplo: un gobierno fija como objetivo el aumentar el número de efectivos policiales. Aquí vemos un error, dado que esto no es un objetivo, sino un medio. En este caso, el objetivo real es la mejora de la seguridad pública, y uno de los medios eficaces para realizar esto puede ser el aumento del número de efectivos policiales. Claro está, solo en caso de que la inseguridad

pública sea debida al escaso número de efectivos, y si fuera posible aumentar su número en un corto plazo con personal debidamente preparado. Si lo que establecemos ante nosotros como objetivo es aumentar su número, entonces esto se puede llevar a cabo de manera relativamente sencilla, pero puede darse el caso de que esta medida no tenga ninguna eficacia en cuanto al estado de la seguridad pública, porque, por ejemplo, el número de efectivos no era el problema inicial, o porque, debido a las prisas, los nuevos efectivos no resultaron ser lo suficientemente profesionales. Si ya desde el principio no somos capaces de establecer la mejora de la seguridad pública como objetivo primordial, entonces básicamente no tiene sentido aumentar la cantidad de personal policial. Los objetivos dan sentido a los medios.

Pero tampoco es bueno subordinar todas las acciones a los objetivos en curso, porque mientras ponemos en práctica nuestra estrategia, estamos ejerciendo un efecto constante sobre nuestro entorno y, de este modo, también cambian las circunstancias. Si no somos capaces de adaptar nuestra estrategia a las circunstancias que se hallan en un continuo estado de cambio, también en parte debido a nuestras actividades, entonces los logros iniciales resultarán ser efímeros. Por ende, no olvidemos que esta nuestra estrategia –y me refiero también a la estrategia nacional húngara–, es un sistema en continuo estado de revisión, que contiene dos elementos ejerciendo un efecto continuo el uno sobre el otro: nosotros mismos, y nuestro entorno. El acertado reconocimiento de esta dinámica es la condición necesaria, pero no suficiente, del logrado desarrollo de una estrategia.

Sobre el papel, toda nación debería tener los mismos objetivos estratégicos. Tal como lo pintara hace unos 700 años el maestro italiano Ambrogio Lorenzetti en su obra *Alegoría del Buen y del Mal Gobierno*, en la ciudad italiana de Siena, el buen gobierno trae paz y prosperidad a la sociedad y, por tanto, debería ser la creación de estas el objetivo estratégico de toda nación. Y lo mismo a la inversa: el mal gobierno da lugar a descontento, conflictos y pobreza. De este modo, debería

ser el objetivo de cada nación el evitar esto último y trabajar en pro de lo primero. Pero si esto suena tan fácil, ¿cómo es que algunos países tienen más éxito que otros en esto?

Porque, como se suele decir, el diablo está en los detalles.

Primero, y como se verá más adelante en este libro, no toda época ni todo conjunto de circunstancias son de carácter propicio para que un país pueda actuar de acuerdo con sus intereses estratégicos. Las oportunidades propicias dependen de la estructura del sistema internacional. Si el nivel de dependencia en el ámbito internacional es alto, entonces los objetivos y medios resultan vanos, ya que el efecto determinista de la superestructura prevalece sobre los puntos de vista del pensamiento estratégico. Segundo: incluso aunque se dieran las condiciones propicias para reflexionar y actuar, no toda sociedad puede aprovechar la oportunidad. El camino hacia el triunfo es siempre individual e idiosincrático, y lo que para una nación es exitoso, para otra puede resultar un fracaso. Por esto, lo más importante es que los arquitectos de una estrategia nacional tengan las ideas claras sobre aquellas características que definen a la población de un país. Para esto –y esta es quizá la fuente principal del pensamiento estratégico de una nación– hay que conocer profundamente la historia de la nación y discernir el contexto histórico del tiempo presente en el que se debe actuar.

Y ya que hablamos de historia, empecemos con la historia mundial. El siglo XX, que en cierto sentido dio comienzo solo en 1920, después de transcurrido un largo siglo XIX, no fue propicio para el desarrollo de estrategias. Los tratados de paz con los que acabó la Primera Guerra Mundial situaron al mundo en una ruta rígida e inalterable. Los tratados de paz acordados en París y sus cercanías ocasionaron tanto pesar y desdicha que todo el mundo sentía en lo más profundo la certeza de que un nuevo conflicto estaba por venir sí o sí. Y por este motivo, todo el mundo comenzó a prepararse, habiéndose reducido el objetivo del pensamiento estratégico a intentar evitar o ganar la siguiente guerra.

El periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial tampoco trajo cambios en lo que se refería al menguado campo de acción. Lo que entonces acabaría llamándose Guerra Fría, creó unas alianzas tan cerradas y cohesivas que los objetivos estratégicos –o diversidad de intereses– de las distintas naciones perdieron toda significación, dando lugar a una situación en la que la conformidad con los valores de un determinado bloque, la victoria sobre el otro o el mantenimiento del *statu quo* frente al otro se convirtieron en los únicos objetivos. Lo que puso fin a este estado de estancamiento fue precisamente el pensamiento estratégico, según el cual los Estados Unidos iniciarían la carrera armamentística e intentarían así ganar la Guerra Fría.

Finalmente tuvieron éxito, y entonces todo el mundo esperaba que los países que hasta entonces se habían encontrado bajo el yugo de la Unión Soviética podrían seguir adelante según sus propias estrategias. Solo que esto fue truncado por el principio según el cual «el que gana se queda con todo». Se desarrolló un consenso particular en los círculos occidentales y los del Este según el cual los países del difunto bloque soviético conseguirían alcanzar el nivel del bloque occidental a fuerza de copiar y diseminar los valores imperantes en este, principalmente los de los Estados Unidos, junto con sus instituciones y su sistema político, instaurando así la democracia liberal. Todo aquel que tuviera una opinión diferente –por aquel entonces– se vería rápidamente marginado como un paria. De modo que, según esto, no tenía sentido pensar, sino copiar lo más hábilmente posible. Así sonaba la receta del éxito prescrita para cada país.

Este consenso, que por su propia naturaleza dejaba por completo de lado el pensamiento estratégico, recibió una serie de palos contundentes desde el año 2000 en adelante. Las primeras señales de que no todos deseaban organizar un Estado a imagen y semejanza del modelo occidental fueron los ataques terroristas del año 2001. Tiempo más tarde, la crisis económica del año 2008 demostró que el camino de la economía neoliberal no prometía solo éxitos. Después vinieron la crisis migratoria y, en parte como consecuencia de esta, el Brexit y

la elección de Donald Trump como presidente de Estados Unidos, lo que indicaba que tampoco los occidentales estaban dispuestos a seguir según el guion formulado por las élites liberales. Fue precisamente la disolución de este consenso lo que, de manera particular, trajo consigo el renacimiento del pensamiento estratégico. Lo que muchos observan con preocupación en el mundo, realmente no es más que el intento de cada país de encontrar los medios apropiados para alcanzar sus objetivos estratégicos en un entorno en el que las condiciones han cambiado. Desde el punto de vista del pensamiento estratégico húngaro, esto significa que también para nuestro país se ha abierto el camino para la realización de proyectos. Solo que para esto hay que –por decirlo así– revitalizar la capacidad húngara para desarrollar el pensamiento estratégico. Esto, como ya hemos tratado anteriormente, es una disciplina que opera dentro del marco de leyes universales, pero dentro de este, Hungría puede aportar sus características y ventajas únicas, siendo en el primer capítulo de este volumen donde se trate esta cuestión.

Estas características y ventajas únicas pueden ser extraídas principalmente de la historia húngara. La historia ayuda a entender qué tipo de gente vive en el país, qué tipo de experiencias se hallan acumuladas en la sociedad, qué tipo de país quisieran para sí mismos sus habitantes y qué es lo que quisieran evitar, teniendo en cuenta las malas experiencias vividas hasta la fecha. Y la historia húngara aporta abundantes bases para entender el pensamiento estratégico. Después de todo, mil años de presencia en la cuenca de los Cárpatos no es para nada un corto periodo de tiempo. No es necesario recorrer ahora a paso de liebre la historia húngara, los detalles serán expuestos en los correspondientes capítulos. Centrémonos ahora en las lecciones que nos dan esos mil años de historia.

Una de las cosas más importantes a tener en cuenta es que el pueblo húngaro es a la vez occidental y oriental, posee afinidades tanto hacia la civilización de los pueblos occidentales como hacia la cultura de los pueblos nómadas del Este. Los húngaros han sido testigos y

partícipes de todas las fases del desarrollo intelectual y cultural europeo desde el gótico hasta el Renacimiento, desde la Reforma hasta la era de la Ilustración. Sin embargo, nuestra situación geográfica un tanto cerrada y la diferencia a nivel cultural y lingüístico con los demás pueblos del continente, nos hicieron vivir de manera «particularmente húngara» todo aquello que nos llegó desde Europa, como también los eventos históricos que tuvieron lugar allá. Precisamente por esto es por lo que la mayoría de las veces los húngaros, a la hora de adoptar una idea extranjera, la remodelan según sus criterios particulares, y esto es una segunda cosa a tener en cuenta. Las revoluciones y los conflictos por la independencia húngaros nunca sucedieron bajo el encanto de ideas extranjeras, sino que se organizaron con la intención de hacer validar los principios legales y constitucionales húngaros. Porque el intento de implementar ideas nuevas procedentes del extranjero es un experimento que fácilmente puede desencadenar resultados funestos, y como muestra un botón: el estado de Europa Occidental en la actualidad, junto a todo lo relacionado con la inmigración. Los húngaros comprendieron que no se pueden permitir el lujo de ser cobayas voluntarias en experimentos ideológicos letales.

No sin razón se hizo anteriormente mención a los conflictos por la independencia. El amor a la libertad es la característica que más fielmente define a los húngaros, pero no en el sentido occidental o anglosajón de la libertad vivida a través de la acción, sino en el sentido de dejar vivir sin interferir lo más mínimo en la libertad como tal. A los húngaros, si bien amantes de la libertad, no se les verá cabalgar veloces como el viento por las praderas hasta más allá del horizonte. Es más bien la seguridad e imperturbabilidad del hogar propio y el respeto a la privacidad ajena lo que representa la esencia del concepto húngaro de libertad. En otras palabras: «A nosotros que no nos dicte cualquier mandamás de afuera.»

Y esto explica por qué los húngaros nunca intentaron conquistar a nadie. Tanto si se lanzaban al campo de batalla blandiendo las espadas, como si daban discursos políticos atronadores, lo hacían solo

en nombre de la defensa de la patria, y no por motivo de conquista de tierras ajenas. La cuenca de los Cárpatos se halla guardada por fronteras naturales, y como norma general, los regentes húngaros de todas las épocas se detenían al llegar a estas, considerándolas como el fin de la extensión natural del reino.

La defensa de la soberanía en Hungría posee también otro aspecto: en momentos críticos siempre hemos sido capaces de dejar de lado nuestras disputas internas. Porque en condiciones normales el pueblo húngaro tiene un carácter dividido, y cada uno gusta sobremedida de pelear por lo que considera justo para sí mismo. Estas disputas no son expresiones de simple egoísmo, sino características profundas de la psique nacional. Sin embargo, este profundo sentido de la justicia para uno mismo, que en ocasiones nos puede arrastrar a discusiones sumamente divisivas, es a su vez lo que nos mantiene unidos. Porque en cuanto se divisa cualquier señal que indica la proximidad de fuerzas de opresión desde fuera, los húngaros se aúnan para hacer frente a la injusticia, ya sea real o percibida, y lo que previamente era la base de disputas realmente serias, se torna súbitamente imperativo categórico de unión en defensa de la nación.

Para el final hemos dejado lo más controvertido, que en nuestra opinión es no menos importante: el cristianismo. La base cultural cristiana es un elemento inalienable del Estado húngaro. Desde su fundación, Hungría ha considerado el cristianismo occidental como su marco de identificación fundamental, siendo la piedra angular del pensamiento político húngaro a través de las eras y, lo que es más, su marco de renovación. El fortalecimiento del modo de pensar cristiano y el aprovechamiento del ímpetu proporcionado por las bases culturales cristianas a través de la historia, fueron los elementos que acompañaron el auge de la nación húngara.

¿Y qué resulta de estas características históricas? El presente libro nace de la convicción que desde el año 2010 la política estratégica húngara se alimenta de tales características, y son precisamente estas piedras angulares las que hay que presentar al público, tanto nacional

como internacional. La recuperación del derecho de autodeterminación político y económico, el rechazo a la inmigración, el apoyo a la familia y a los distintos proyectos de creación de comunidades, la subida de sueldos y la disminución de impuestos, la unificación nacional con comunidades húngaras extrafronterizas, la formación de alianzas con naciones circundantes en combinación con la voluntad de hacer frente a entidades internacionales hostiles y la protección de los valores cristianos, son todo cosas concretas que pueden ser deducidas de las claves generales del pensamiento estratégico húngaro, las situaciones presentadas por el entorno internacional y las particularidades de la historia de Hungría.

Lo único que ocurrió en el año 2010 fue que la fuerza política adecuada llegó al poder en el momento adecuado. La fuerza política fue la adecuada porque un gobierno húngaro de éxito no puede tener como objetivo copiar modelos prácticos de otras naciones, sino más bien tomar decisiones políticas basándose en la «forma de ser característicamente húngara». De este modo, los objetivos y los medios del pensamiento estratégico del gobierno quedan establecidos de acuerdo con las acciones concretas especificadas. Y esta fuerza política llegó al poder en el momento adecuado, porque podía maniobrar en un entorno internacional en el que la esfera de acción se estaba ampliando, mientras que las interdependencias disminuían. Así, Hungría por fin pudo empezar a actuar según su propia lógica o, como el más destacado entre los húngaros, el Conde István Szécsenyi, dijera, «empezó a girar sobre su eje».

Si, como se dice en los cuentos húngaros, uno no se lo cree, pues que lo indague por sí mismo. Haya las controversias que haya sobre la constitución húngara desde que fuera redactada y puesta en vigor el 1 de enero del año 2012, los valores contenidos en esta reflejan plenamente las nociones fundamentales del pensamiento estratégico húngaro, y, siguiendo esta línea, este volumen también tendrá como objetivo demostrar que las declaraciones formuladas en la constitución no son palabrería sin contenido, sino una suerte de estrella polar,

una guía para una gobernación exitosa de Hungría. Así, podemos decir que estos pilares fundamentales del pensamiento estratégico ya fueron establecidos en las primeras etapas del actual gobierno con la ratificación de la constitución, y desde entonces, las bases de toda nueva decisión tomada y de toda nueva respuesta dada a desafíos o dificultades pueden ser discernidas en este marco de principios. Claro está, toda situación es diferente la una de la otra (precisamente de esto tratarán los capítulos que siguen a continuación), pero una cosa es segura: sin una guía de directrices para la implementación del pensamiento estratégico, no será posible situar a Hungría entre los triunfadores del siglo XXI.

A día de hoy, el gobierno «está en su sitio», su apoyo entre la población es fuerte, y estamos trabajando para que así quede. Pero el siglo XXI deparará cambios de gobierno para Hungría –a pesar de lo vehementemente que las fuerzas menos racionales de la oposición afirmen lo contrario–, y el interés elemental del país es que, cuando esto suceda, el poder sea tomado por una fuerza que tenga una clara comprensión de la lógica del pensamiento estratégico húngaro, ya que esto es la guía o marco para un próspero futuro húngaro.

He recibido gran cantidad de ayuda a la hora de elaborar este volumen tanto en lecturas como en charlas sobre el tema, y estoy extremadamente agradecido por ello. Algunas fuentes están citadas en la bibliografía, otras no, pero las gracias se las doy a todos por igual. Estoy especialmente agradecido a aquellos centros intelectuales en los que tuve la oportunidad de formarme, de trabajar y de recibir inspiración. De este modo, citando en orden cronológico y temático, doy las gracias a la Academia de Ciencias Eötvös Lóránd, a la Universidad Católica Pázmány Péter, a la Universidad Nacional de Administración Pública, a la Fundación Századvég y a la Fundación Mathias Corvinus Collegium. De igual modo, y de manera obvia, deseo expresar mi agradecimiento también al gabinete del Primer Ministro y a mis compañeros de trabajo que desempeñan sus funciones allí, muy especialmente al jefe del gabinete del primer ministro, y también al

primer ministro en persona. Gracias a mi familia por haber soportado el duro proceso de creación de este volumen, y –prescindiendo de cualquier tipo de sentimentalismo– deseo que encuentren consuelo en saber que fue mi sentido de la responsabilidad hacia ellos lo que más me motivó a la hora de plasmar en papel estos pensamientos. Naturalmente, y a pesar de la ingente cantidad de ayuda que recibí, la responsabilidad por cualquier error que pueda aparecer en el texto recae de manera exclusiva sobre mí.

Budapest, agosto de 2020.
Balázs Orbán